

El precursor sin pedestal

Martín Caparrós escribe fascinado una novela biográfica del escritor y político argentino Esteban Echeverría en las lindes de lo probable y lo verosímil

Por Francisco Solano

NARRATIVA. BORGES YA SEÑALÓ, en *El escritor argentino y la tradición*, que la tradición argentina “es toda la cultura occidental”. Como en tantos escritores argentinos, en la impredecible obra de Martín Caparrós se cumple la famosa aseveración. Una obra de una prolijidad igualmente atenta a la imaginación que al propósito de la crónica. La prosa de Caparrós posee una formidable ductilidad. Incluso con sus obstinados vericuetos, en sus vueltas atrás para restaurar lo obvio, a veces en el límite de la redundancia, su escritura parece estimulada por una eficaz variación en busca de un tono preciso.

Con *Echeverría* se ha lanzado a escribir una novela que sea a la vez una biografía del escritor y político argentino Esteban Echeverría (1805-1851), en las lindes de lo probable y lo verosímil. Autor de poemas hoy indigeribles, con un cuento bosquejado, muy violento (*El matadero*), publicado póstumamente, de obligada lectura en las escuelas, a Echeverría se le atribuye el designio de fundar una literatura que arraigara en identidad nacional, sin concordar la modernidad con el surgimiento de una nación, apelando a elementos arcaicos y rechazando la tradición española. Un afán que hubiera necesitado de mejor suerte y del genio no concedido por el cielo. Muy conocido en Argentina, con muchas calles que llevan su nombre (“las personas, cuando se vuelven calle”, dice Caparrós, “se deshacen de todo lo que fueron”), su figura es de repertorio, pero conforma el origen de la literatura argentina, y Caparrós aborda al personaje con fascinación engorrosa, pero fascinación al cabo, de una insólita desmesura que ni siquiera con el fracaso adquirió aura de leyenda.

Caparrós nos presenta, en las primeras páginas, a un joven Echeverría en una estampa romántica, a punto de pegarse un tiro. Se sobrepone a la tentación, y su vida dará el giro que vinculará su nombre a la patria. Pero esta es una biografía no sólo de hechos, sino de conjeturas, y el novelista se incorpora a la narración en las secciones llamadas ‘Problemas’, lo más sustancial del libro, que propone una lectura indagatoria, no conforme



Retrato de Esteban Echeverría realizado por Ernest Charton en 1874.

Echeverría
Martín Caparrós
Anagrama
Barcelona, 2016
376 páginas
21,90 euros

con la información, pues “lo propio de la información”, dice Caparrós, “es disiparse”. De manera que invita al lector a una sinuosa travesía por la pedrería de un gran hombre, más tenaz que eficiente, cuya actitud política y literaria apenas alcanzó para unos pocos momentos de gloria.

Además de las intrigas políticas y su recalcitrante oposición al brigadier Rosas, que lo llevará al exilio en Montevideo (donde morirá debilitado y pobre), la novela proyecta una luz som-

bría sobre la misión a la que se entrega Echeverría. Una luz que no consigue alzar su estatura, pero que supone una introspección muy perfilada de su constitución anímica, de sus indecisiones y entusiasmos, lo que remite al artista confrontado a una expresión enquistada en un anacronismo que haría de su obra un precedente sin trascendencia. Y de ahí se desprende acaso la melancolía que subvierte la energía de la literatura argentina. Caparrós concede a Echeverría, no obstante, el mérito más poético que político de haber sido antiperonista antes de la existencia de Perón. No es un mérito menor. •

No miren al dedo

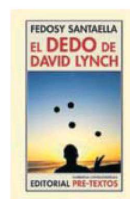
Por Isaac Rosa

NARRATIVA. UN *MACGUFFIN* DE manual, ya en la primera página, en la primera línea: “Encontraron un dedo en la arena”. Un pretexto para hacer avanzar la trama, y como todo buen *macguffin* acaba importando poco, incluso siendo innecesario, pues el interés de esta buena novela no está en ese dedo y las peripecias que provoca, sino en el paisaje humano que señala. Como en el viejo dicho del tonto y la luna, no se distraigan mirándolo, pues, aunque al final ese trozo de carne importe mucho, hay mucho que contar por el camino.

Que el dedo sea de David Lynch no solo es un capricho cinéfilo del protagonista: en los mejores momentos hay un aire *lyncheano*, entre alucinógeno y onírico, pues abundan los sueños, tanto nocturnos como despiertos, siempre inquietantes; y también la droga, el insistente “monte” (así llaman a la marihuana en la Venezuela de Fedosy Santaella) bajo cuyos efectos se mueven los personajes, experimentando el propio autor con efectos de escritura que transcriben con habilidad la percepción distorsionada.

A Chirimena, paradisíaco enclave caribeño, llegan Arturo y Mariana buscando su lugar en el mundo. Creen encontrar un rincón donde curarse de decepciones, sobre todo él, que lleva toda la vida instalado en “su rincón de misantropía”: en la Facultad se asqueó del impostado mundo literario. Después rechazó seguir los pasos de quienes se iban a Europa, a Barcelona, “jugando a Roberto Bolaño, a Manu Chao, al okupa, al sudaca sensible, al artista”. Frente a la típica bohemia del literato emigrado, él elige una bohemia circense de la que también termina asqueado. Su resentimiento (“el odio por causa de la estupidez generalizada”) impregna la novela toda, pues ni en la mitificada playa, donde esperaba vivir libre y alejado de todos, encuentra remedio a su amargura. Santaella llena la bella Chirimena con despojos humanos, tipos arrojados allí como restos de naufragio traídos por el mar, y bajo las nubes cannábicas late permanentemente la amenaza de una violencia hecha de viejos rencores y pecados por redimir. Una especie de Casablanca sórdida, una tropa memorable en cuya caracterización y diálogos brilla el autor.

Sobre todo en los personajes masculinos, pues en los femeninos hay menos acierto, siendo meras comparsas: empezando por Mariana, la pareja de Arturo, cuya única función parece ser darle buen sexo (ese es “su arte”, le dice el protagonista) y mantenerse enigmática en sus silencios, porque “las mujeres calladas y hermosas son terribles”, afirmación que se une a otras poco afortunadas que no sabemos hasta dónde son del personaje, del narrador o del autor. Con todo, una buena novela que, como los malabaristas que ahí aparecen, mantiene en el aire varias bolas narrativas sin que caigan, y las recoge todas a tiempo. •



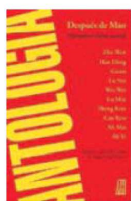
El dedo de David Lynch
Fedosy Santaella
Pretextos
Valencia, 2016
272 páginas. 24 euros

Narradores invisibles

Por Taciana Fisac

NARRATIVA. LA PUBLICACIÓN de una antología de autores chinos poco conocidos es siempre un acto valiente. Aún más si se presentan textos que requieren de un lector predispuesto a introducirse en experiencias y escrituras muy diversas. Esta antología recoge relatos breves de 10 escritores nacidos entre 1961 y 1977. Da la impresión de integrar generaciones similares, cuando en realidad los autores vivieron lances totalmente dispares: la violencia y el caos de la Gran Revolución Cultural Proletaria —década de 1966 a 1976 según la cronología oficial china— o la progresiva apertura y desarrollo económico, con las reformas iniciadas a partir de 1978.

La selección y traducción realizada por Miguel Ángel Petrecca incluye historias de momentos distintos y sensibilidades desiguales. Por eso, más que literatura ac-



Después de Mao. Narrativa china actual
Varios autores
Traducción y selección de Miguel Ángel Petrecca
Adriana Hidalgo
Buenos Aires, 2015
302 páginas. 18 euros

tual, se podría haber subtitulado narrativa china contemporánea. Algunas obras vieron la luz en los años noventa, un período de apertura que, sin embargo, continuaba atando las letras a la política y mantenía muy presente la exaltación de una ética de la responsabilidad social. Otras fueron publicadas más tarde y retratan a quienes no han podido beneficiarse de la bonanza, semblanzas de encuentros juveniles, de fracasos o búsquedas personales. En conjunto, a mi entender, esta antología no muestra el enorme dinamismo y la creatividad de la literatura china contemporánea. Dicho lo cual, destacaría el relato

de Hang Dong (1961) *Interior con paisaje*. Escrito en 1993, es un interesante acercamiento al descarnado crecimiento urbano y la agresión que ha supuesto para la vida cotidiana de la gente común. También resalta la obra datada en 2012 de la autora Sheng Keyi (1973), *El pescador dice*, un retrato de enorme lirismo sobre la dureza del mundo rural.

La novela o relato breve, centrado en la figura de un protagonista y la exploración psicológica sobre sus deseos y emociones, aparece en China hace un centenar de años, por influencia de obras extranjeras. La narrativa clásica china se ocupaba más de las interrelaciones sociales y el uso indirecto del discurso, con un enorme despliegue de recursos literarios, muchos de los cuales se pierden en la traducción a otras lenguas. Por ello resulta paradójico que los escritores chinos contemporáneos, forjados a partir de la herencia propia, pero sobre todo del contacto con las tradiciones literarias de Europa y América, nos sigan resultando hoy tan invisibles. Desafortunadamente, esta antología no va a modificar esa realidad. Necesitamos nuevos corajes para ir más allá. •